

Chocó lucha por la supervivencia



cultural y ambiental, una resistencia cotidiana

Steve Cagan

En marzo de 2003, un cura de mi ciudad en Estados Unidos, Cleveland, Ohio, me invitó a acompañarlo en una visita a un lugar “del que no has escuchado ni el nombre: se llama Bojayá, Chocó, en Colombia”. Iba a asistir a las actividades del primer aniversario de la masacre de Bojayá. “Steve, aunque se trata de un suceso horrendo, te prometo que no te vas a deprimir —me dijo— al contrario, se te va a elevar el espíritu”. Y, efectivamente, así fue.

En Quibdó y en Bellavista encontré calor humano, gente tratando de enfrentar gravísimos atropellos con resistencia cotidiana y dignidad. Vi un medio ambiente maravilloso y unas culturas afro e indígena muy especiales. Simplemente, me enamoré del Chocó.

Pero, más allá de esa reacción personal, me di cuenta de que en el Chocó había posibilidad de aportar con la cámara algo que valdría la pena. Por eso, propuse a mis nuevos amigos y compañeros de las organizaciones allá, y más que nada de la Diócesis de Quibdó, que iniciáramos un proyecto fotográfico sobre la zona, la gente y su digna lucha por la paz.



Aunque me habría gustado mucho vivir en el Chocó, eso no me era posible. De hecho, he realizado proyectos en cuatro países latinoamericanos, y siempre con base en una serie de visitas.

A pesar de tener que trabajar así, intermitentemente, me parecía que podía lograr algo útil. Empecé con dos propósitos, los cuales todavía guían el trabajo:

1. Proporcionar materiales visuales a las organizaciones y a las instancias de la Diócesis que puedan usar en sus publicaciones, informes y cualquier uso que les convenga.

2. Llevar las historias del Chocó (o mejor dicho, de las zonas del Chocó en que trabajo) a otros lados. En un principio, creía que los “otros lados” eran mi país y otras naciones extranjeras, pero mis experiencias me han enseñado que también acá, en Colombia, la historia del Chocó es poco conocida.

Más tarde, aprendí de parte de colegas en el Chocó, que de hecho estoy realizando una tercera tarea relacionada con el acompañamiento a las comunidades que visito en este proyecto. Por eso, puede decirse que no hay dos, sino tres propósitos del trabajo.

Pero para cumplir con estos propósitos, faltaba algo vital: ¿cómo entender cuáles son las fotos que pueden ser útiles a las organizaciones? Y, quizá más importante, ¿cómo voy a contar a través de fotos y palabras la historia de la zona y su gente, si no logro entender su situación, lo que están viviendo, lo que quieren?

Esto siempre ha sido importante en mis proyectos fotográficos. No he funcionado primordialmente como reportero gráfico, ni tampoco como artista sin lazo directo con las comunidades donde he trabajado. Mis fotografías no son, en primera instancia, de sucesos o acontecimientos dramáticos, sino de aspectos importantes de las actividades de la vida cotidiana. En el transcurso del tiempo, he reconocido en mi propio trabajo un tema que sobresale: la resistencia cotidiana. Hay unos textos pequeños sobre este tema en la muestra que monté, como parte del Laboratorio XV de la galería de arte del Centro Colombo-Americano en Medellín, que en su forma más amplia exponen algunas de estas ideas:

A pesar de todos los atropellos, de la violencia, de los insultos al entorno cultural, la gente hace un esfuerzo grande por vivir. Aunque los actores armados ponen muchas trabas, la gente trabaja en los campos, los ríos, las casas, las aulas, los trapiches, los huecos dejados por las minas. Buscan poder vivir y criar sus hijos en paz y dignidad. Este esfuerzo para mantener la vida y la comunidad es un punto de resistencia contra las fuerzas que quieren acabar con la selva y las comunidades tradicionales.

Las actividades, ritos y fiestas religiosas, más allá de su función de expresar devoción, son un motivo para que la comunidad se reúna y enfrente sus pro-



blemas, los atropellos que están viviendo, además de celebrar su identidad comunal. En las observaciones de la Semana Santa, consciente o inconscientemente, la comunidad busca fuerza colectiva, y en la famosa fiesta de “San Pacho” reclama su identidad y lo suyo. Así que los momentos solemnes y alegres del calendario religioso sirven de punto de resistencia.

Yo encuentro una resistencia digna e importante en el ama de casa, la señora que vende en el mercado, el pescador que tira su atarraya, el campesino o la campesina que siembra verduras, granos o frutas y ordeña la vaca, el trabajador o la trabajadora de fábrica, oficina, escuela, clínica, mina, restaurante y bus, así como muchos más. No es necesariamente una resistencia dramática, pero es imprescindible si la comunidad pretende sobrevivir como seres dignos y fuertes. Eso, entonces, es el tema primario mío.

Para volver a la pregunta, me parece que para sacar una historia de la vida y las luchas cotidianas, se requiere un acercamiento que va mucho más allá de lo que hacen muchos fotógrafos. De hecho, uno debe hacer el intento no sólo de ver, sino de entender. Muchas veces se oye hablar de ojo del fotógrafo. Creo que el buen ojo no es suficiente para esta clase de trabajo, también hacen falta un buen cerebro y un buen corazón.

La fotografía que expone una situación social que merece atención, gente que necesita la solidaridad de hermanos y hermanas, problemas y logros de las comunidades, debe antes que todo entender la realidad que pretende captar y narrar. Luego, debe entender algo de la manera en que la imagen fotográfica funciona como comunicación. Para dar sólo un ejemplo, no hacen falta muchos estudios para entender que la imagen fotográfica no lleva un significado al espectador, sino que lleva la posibilidad de múltiples lecturas, es decir, de múltiples significados, resultado del encuentro entre imagen y espectador. Por eso, tenemos que pensar no solamente en la manera cómo sacamos fotografías, sino también en la manera cómo las exponemos para procurar producir un encuentro que lleve el público a la lectura que hemos pretendido comunicar. No se trata de garantizar que el público esté de acuerdo con nuestra actitud o posición, por supuesto, pero sí podemos esperar que los desacuerdos (y los acuerdos) se produzcan con lo que de hecho queríamos decir y no con otra idea. Tal vez, todo eso nos importa sólo a los que nos consideramos comunicadores sociales. Los fotógrafos con otras metas no necesariamente van a considerar estas cuestiones como importantes.

Si bien cualquier fotógrafo debe enfrentar estos desafíos para poder elaborar proyectos sociales, la tarea es aún más difícil para un fotógrafo extranjero como yo. En este caso, uno debe agregar el reto de entender y comunicar a través de fronteras culturales, cosa que a veces es verdaderamente difícil, sobre todo si el fotógrafo no se esfuerza en enfrentar los muchos escollos.



Creo que un fotógrafo social consciente —y todavía más un forastero— debe tomar en cuenta unos desafíos y criterios. He intentado hacerlo en este proyecto en el Chocó y en mis proyectos anteriores. Sin desarrollarlos acá, sólo los presento como puntos:

– Hace falta una actitud humilde, modesta, de parte del extranjero. Hay que aprender métodos de trabajo que permitan que uno sea sensible a lo que no sabe.

– Debe presentarse a las personas de manera respetuosa. Aunque hayan sufrido mucho y sigan sufriendo por causa de la guerra y los desplazamientos, no debemos presentarlos como simples víctimas, sino también como actores resistentes, creativos, fuertes, pues también lo son. Esto, porque no se quiere despertar sentimientos de lástima en el espectador, cosa que me parece generalmente inútil, sino provocar un sentido de solidaridad.

– Debemos pensar en el problema de la fotografía como medio. ¿Cómo funciona la fotografía? ¿Cómo se da la significación en una imagen fotográfica? ¿Cómo se van a entender las fotos?

– ¿Cómo vamos a exponer, publicar y distribuir los productos? Este también es un problema bastante serio, ya que tiene que ver con la posibilidad de que las imágenes cobren vida, tengan incidencia y, por lo tanto, sean consecuentes.

– A fin de cuentas, ser comunicador/fotógrafo social, consecuente con los sujetos como con el público, implica desarrollar una relación con ambos. No basta ser productor de imágenes, por muy buenas que sean; debe pensarse también en las responsabilidades hacia los seres humanos de los que uno toma fotografías y hacia aquellos que van a verlas. ■



Steve Cagan (Estados Unidos)

Su perfil como fotógrafo ha estado enfocado a los usos documentales de la imagen. Su presencia en Colombia está relacionada con una particular búsqueda de las formas de empoderamiento de las comunidades ante situaciones adversas. Con el tema de Migración, Turismo y Desplazamiento del “Encuentro de Fotografía, Medellín 2008”, su propuesta fotográfica y teórica sirvió para establecer una posición específica del fotógrafo y su papel en la comunidad donde arriba.